

ración de que goza el más elevado de entre ellos: esta tribu es estacionaria y para ella el progreso es cosa desconocida. Moenekuss tenía herreros asalariados para que enseñaran á sus hijos, los cuales aprendieron á forjar el cobre y el hierro, pero no supieron imitar en punto á amor y á magnanimidad á su padre. Este les reprendía continuamente por su manera de obrar rastrera y poco prudente y al morir no tuvo un sucesor digno, pues sus dos hijos eran ambiciosos, vulgares y de cortos alcances, faltos de dignidad y de todo sentimiento de honor. Lo que saben de sus antepasados es que, procedentes de Lualaba, se dirigieron primero á Luama, luego á Luelo y por último á este país.» Con estas pocas palabras queda explicado el secreto del estancamiento



Cafres kosas, consejeros secretos de Sandili: (de una fotografía que posee el director de las misiones, Sr. Dr. Wangemann, en Berlín)

biera que conceder á todos los que no pertenecen á esta tribu especial el territorio que reclaman. Esto rara vez se exige. ¿Quién no se siente, en tales condiciones, transportado á los tiempos primitivos en que la tierra se presentaba á las humanas generaciones deshabitada y no explotada y en que, en vez de la tradición ó de los tratados, no había más límite que la fuerza y la voluntad del individuo? Esta falta de fronteras la encontramos en todos los imperios negros, aun en los más vastos, en los cuales el rey sólo domina propiamente en el centro donde tiene su residencia, al paso que su influencia va disminuyendo rápida y gradualmente, en proporción á sus cualidades de soberano, á medida que los súbditos se sienten más distantes de él. Cada uno de estos imperios tiene, por ende, una periferia de territorios dudosamente tributarios que esperan sólo una ocasión propicia para hacerse independientes.

De lo fugaz de este estado de cosas es buena prueba el trazado de fronteras de una tribu determinada, cuya propagación se conoce exactamente. Los wakambas, por ejemplo, tenían originariamente fronteras naturales muy marcadas, á saber: al Norte el Tana, al Sud el Adi y al Oeste el propio río y además las montañas denominadas Ullu y Sata. El

en que permanece la organización política africana, á pesar de algunos príncipes prudentes y enérgicos. La falta de continuidad así en lo bueno como en lo malo explica el retroceso desde un estado elevado á fuerza de tiempo conseguido. Sólo en el terreno de la cultura material podemos suponer algunos impulsos eficaces hacia el mejoramiento.

Como entre los territorios de las distintas tribus no hay trazadas verdaderas fronteras, por más que muchos caudillos consideren como de su exclusiva propiedad extensos territorios, de aquí que no sea posible la formación de Estados fijos más que cuando aparecen temporalmente esos poderosos soberanos que están en condiciones de poder constituir tales centros. Se iría contra la costumbre si hu-

Tana, á pesar de ser el río más importante de este país, dista mucho de ser una frontera fija, pues los wakuafis lo atraviesan y penetran en el país de los wakambas. Estos, empero, no han permanecido en actitud pasiva dentro de sus fronteras, sino que, avanzando hacia la costa en dirección á Mombas, se han extendido á manera de cuña entre los wanikas, procurándose de esta suerte una comunicación libre con la costa. De modo que por ningún lado hay residencias cerradas, sino que todas las tribus fronterizas de la periferia se van introduciendo en el territorio de esta tribu determinada. ¿Qué tiene, pues, de extraño que las tribus y los imperios nazcan y desaparezcan como olas á impulsos del viento, y que el cuadro etnográfico y político del Africa sufra una variación constante en sus elementos?

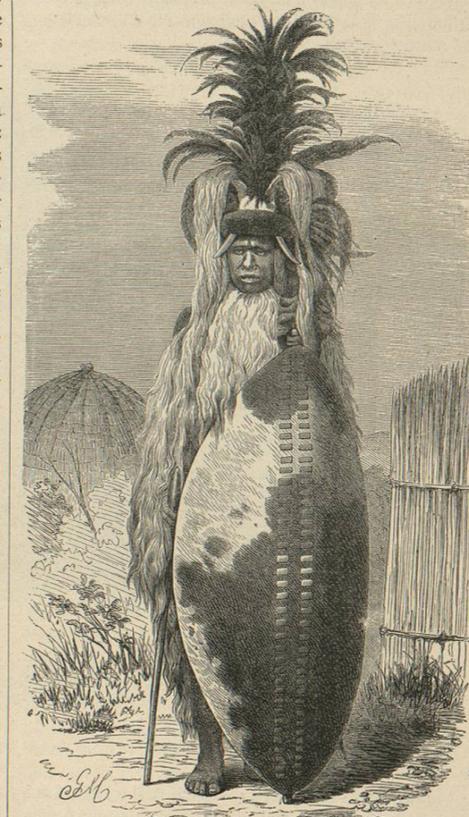
A esto hay que agregar aquellos fantasmas de pueblos de extravagantes esclavos que endulzan su miserable existencia de siervos imitando el aspecto exterior guerrero de sus señores: á esta clase pertenecen los falsos wayaos de Rowuma y los súbditos de Unzila, en el bajo Limpopo, los cuales, siervos y poco belicosos como son, se divierten poniéndose la máscara zulú que infunde miedo. El hecho de que algunas tribus hayan adoptado, andando los tiempos, los nom-

bres que por puro capricho otras les han dado, es un fenómeno causa de muchos errores: así por ejemplo, muchas tribus betschuanas llevan el nombre de «mangatis» que les han puesto los zulús, y cuando se les pregunta dicen que este es el nombre de su tribu. Más adelante encontraremos en los makokos un ejemplo clásico de la frecuente formación de pueblos nuevos al rededor del núcleo de cristalización que constituye un individuo poderoso.

Nada da mejor idea de la pobreza aneja al grado inferior de cultura de los pueblos naturales, que el poco lujo con que se presentan los soberanos africanos, y al propio tiempo nada explica tan bien la noción de aquello que constituye sus más ardientes deseos como lo que con todas sus fuerzas se procuran. En ellos no encontraremos pompa ni esplendor orientales: los grandes reyes zulús y matabeles, Muata-Yamwo, Kasembe y Kasongo, todos estos magnates de la raza negra africana se presentan con una sencillez extrema: un par de talismanes, una silla esculpida, un par de anillos de hierro ó de pelo de jirafa más de los que poseen sus vasallos, una piel de mono y una chaqueta encarnada constituyen todos sus avíos exteriores. Como privilegios reales consideran la posesión de muchas mujeres, de grandes provisiones de cerveza y de tabaco para sí y para su corte, y de numerosos fusiles y abundantes municiones. Si á esto se añaden sus chozas algo mayores y su manera de presentarse, queda, al parecer, agotado todo cuanto un soberano negro posee más que sus súbditos; y sin embargo, olvidáramos algo importante si nos descuidáramos de mencionar el ceremonial de su corte, las escoltas de lanceros, adivinos y mujeres armadas y el ruido de sus bandas de música. El negro tiene una gran afición al esplendor huero y le satisface emplear siempre las formas que le han sido transmitidas y que desde hace mucho tiempo han perdido su significación. De aquí la importancia de los maestros de ceremonias en las cortes bárbaras. Consecuencia de ello es la afición á la diplomacia, que se explica por la preferencia á luchar más con palabras que con hechos; por esto los hombres más importantes de las cortes negras suelen ser los embajadores, que son siempre individuos muy hábiles, en cuya discreción se puede tener entera confianza y que se esfuerzan por mostrarse finos y cortesianos, siendo muy superiores á sus compatriotas, y aun muchas veces á sus soberanos, gracias á las observaciones que hacen durante sus viajes. Para evitar las negaciones y las contradicciones continuas que consigo trae la falta de escritura, existe la costumbre de confiar siempre á las mismas personas las negociaciones internacionales ó sean de pueblo á pueblo. Los basutos tenían, en tiempo de Moschesch, embajadores especiales en cada territorio vecino. Este cargo pesado y poco recompensado no parece ser considerado como una carga por los que lo desempeñan. Casalis, el misionero de los basutos, refiere: «Mi antiguo amigo Seetane («el zapato pequeño») me participaba cada año con una carcajada de satisfacción que se iba á la corte del caudillo zulú Mpanda, para lo cual tenía que hacer á pie un viaje de 100 millas á la ida y otras tantas á la vuelta. Cada vez, le daba yo un poco de tabaco y con esto y con su saco de harina tostada se marchaba contento y alegre como si se tratara de dar un pequeño paseo. Estos mensajeros están dotados de una memoria prodigiosa, lo cual se comprende dado que, á falta de escritura, han de repetir palabra por palabra los despachos que verbalmente se les comunican, debiendo ser, por lo tanto, verdaderos archivos vivientes.»

Una de las particularidades de estos déspotas, cándidos como niños, es la de enviar constantemente correos en todas direcciones, siendo uno de los hechos que con más

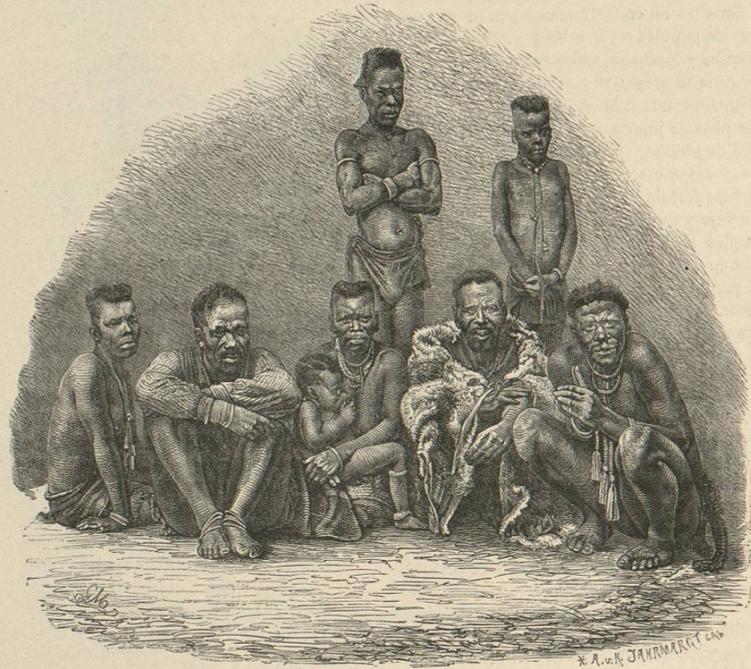
frecuencia ocurren á los viajeros exploradores europeos el de que poco después de haber partido del antro de uno de estos leones se vean alcanzados por los correos de éste que tienen que comunicarles uno ó varios deseos que se le han ocurrido al jefe después de su salida. Este sistema de noticias y de correos está sin duda íntimamente enlazado con la necesidad que sienten los soberanos negros de estar enterados de todo cuanto existe dentro de los límites de su indagación. Así como están interesados en ser los centros del comercio por el los monopolizado y en hacer de sus cor-



Jefe zulú en traje de guerra (según fotografía que posee el director de las misiones Sr. Dr. Wangemann, en Berlín)

tes los depósitos de todos los bienes permutables, así también se creen llamados á ser la cabeza y los oídos de su pueblo; por esto el espionaje está entre estos «salvajes» tan desarrollado casi como entre cualquier pueblo del mundo civilizado que tema por su existencia. Livingstone dice, con su laconismo habitual: «Aquí como allí, esto es un signo de barbarie.» Todo individuo de una tribu se cree obligado á comunicar á su caudillo cuanto llega á conocimiento suyo: en cambio, si es preguntado por algún extranjero, ó bien da contestaciones intencionadamente tontas ó contesta simplemente aquello que sabe puede ser agradable á su soberano. «Yo creo — dice aquel viajero — que, gracias á esto, se han propalado leyendas acerca de su ineptitud para contar hasta más de diez, cuando en el mismo tiempo en que aquéllas se forjaban, el padre de Setscheli contaba 1,000 bueyes como base del patrimonio de su hijo.»

Si á esto se añade que el caudillo es siempre el hechicero supremo ó «fetichero» central de todo su pueblo, siendo como á tal celebrado aun más allá de las fronteras de éste (1); que es el primer hechicero y el sumo sacerdote y, lo que es más importante, el primer comerciante, se verá que en él viene á resumirse un conjunto de poderes al cual sólo falta la garantía de la duración para producir la impresión de lo imponente. Rodeado de los ancianos, de los consejeros y de un parlamento que le pone á cubierto respecto del pueblo, la situación de un príncipe negro es, en el fondo, tan excelente como puede serlo dada la vida de estos pueblos, sólo que se ha desarrollado de una manera huera. Esos conse-



El caudillo basuto Sikukuni, con su corte: (de una fotografía que posee el director de las Misiones, Sr. D. Wangemann, en Berlín).

y árabes del Norte de Africa y del Sudán: débese esto á que es demasiado dado á los placeres, demasiado pacífico, cándido y sanguíneo. De aquí que la situación militar represente entre muchos caudillos un papel insignificante. A quienes con más razón puede esto aplicarse es á los negros del Oeste de Africa. Sin embargo, en aquellas tribus que se inspiran en tradiciones bélicas y cuya existencia depende principalmente de su fuerza militar, el caudillo es naturalmente el jefe del ejército: en ellos, el caciquismo adquiere un carácter más formal y más importante y está íntimamente enlazado con la gloria del pueblo. Así sucede especialmente con los zulús. Estas tribus abandonaron el sistema de defensa, de emboscada, que es el rasgo característico de la táctica de los negros, como de la mayoría de los pueblos naturales que están convencidos de su poder en la defensa. Los europeos tardaron mucho tiempo en arrojar á los ca-

(1) Un caudillo, llamado Lelebe, que vivía á 100 millas al Norte de Ngami, era, en sentir de los beshuanes que habitaban alrededor de este lago, el causante de los huracanes, de las tempestades y de las lluvias, y por esto le envió Tschapo, por ejemplo, en un año de sequía una vaca suplicándole que hiciera llover.

jeros, por lo demás, saben también hacerse respetar muchas veces por medio de fuerzas mágicas, que pueden ser más poderosas que las de los mismos caudillos. La influencia de Unzila entre las tribus indígenas descansa principalmente, según ha referido recientemente Erskine, en la fama que goza de tener á su servicio algunos poderosos hechiceros que, en vez de combatir con armas, combaten con las enfermedades y con los elementos, por cuyo motivo es muy temido por los caudillos bárbaros de los territorios vecinos.

El negro no posee, desde el punto de vista guerrero, las facultades de que están dotados su vecino hamita del país de los gallas ó del de los somanlís y muchas tribus nubias

de los montes de Amatola, en Port-Elisabeth. Un gobernador que logró apoderarse de U'Mhala, caudillo de aquéllos que había sido vencido, quiso darle una idea, la más enérgica posible, del poder de Inglaterra y á este efecto mandó que algunos buques de guerra anclados en aquel puerto dispararan á la vez sus cañones: habiéndole, después de esto, preguntado: «¿qué podrán vuestros pobres cafres contra esta fuerza?» contestóle friamente: «¿podrán estas cosas que hacen tanto ruido subir á los montes de Amatola?» El hecho de no poseer la mayor parte de los pueblos negros caballos hace que les sea muy difícil en la guerra la agresión y que, por ende, la eviten cuanto puedan; pero cuando se deciden á ella, como acontece con los zulús, sus ataques son por lo mismo tanto más gloriosos.

Los zulús, los watutas y otros demuestran que los negros saben también atacar fuera de sus muros de roca y tienen corazón para ello. Las primeras guerras cafres ofrecen admirables ejemplos de audacia por parte de los mal armados negros contra los soldados adiestrados y provistos de fusiles. Por esto los que señalan como rasgo característico de los negros la cobardía y el descaro que á ésta suele ir unido

y los colocan por debajo de los indios norteamericanos y de los malayos, no emiten un juicio profundamente meditado, sino en extremo parcial, pudiendo esto aplicarse aun á aquellos que se valen de una forma más concreta, como el capitán Clover al afirmar, según sus propias experiencias, que entre 700 akems sólo había 100 hombres valientes. Que el valor salvaje, de que á menudo dan pruebas, sea hijo en primer término de la seguridad que tienen de haber espantado al enemigo, es cosa que puede muy bien ser, pero no se opone á la existencia de la aptitud para lanzarse á valerosos ataques. Los gritos de guerra y la estrepitosa música producen todavía cierta impresión en el ánimo de los más modernos generales. El negro es fanfarrón y petulante. Los blancos que han estudiado cuál es el mejor modo de tratar á esta raza, saben que únicamente la energía manifiesta y persistente puede dominar su arrogancia y evitar las peligrosas explosiones de su salvajismo. En grande y en pequeña escala, en el trabajo asalariado como en la política, siempre se ha demostrado que el negro, reducido á la menor expresión de su orgullo, no piensa más en sus pretensiones; mientras que en el caso contrario su desvergüenza no conoce límites. Tal es el carácter de todos los pueblos naturales que, además, aparece en las mismas condiciones en el trato entre los que están en una relación de superioridad ó de inferioridad. Por ello no puede lanzarse una censura especial contra los negros, pues aun cuando estamos acostumbrados á ver íntimamente unidos al valor y á la modestia, este no es más que un elevado ideal, pues ambas cualidades no son en absoluto inseparables. Esta cualidad pertenece á la diplomacia instintiva del trato humano que tiende siempre á amoldar sus exigencias á la medida de sujeción que en ellas encuentra: el negro, como archirealista, es un maestro consumado en este arte.

Por otra parte, los negros han demostrado excelentes dotes militares al servicio de los blancos en los Estados Unidos, en Argel y en Egipto. Prescindiendo de su fuerza corporal y de su resistencia, el negro es dócil y sabe obedecer y comprender que es soldado. Profesa un cariño especial á su vestido de colorines y á sus armas. Los americanos hicieron de algunos negros emancipados excelentes tiradores. Por último su temperamento sanguíneo les hace aptos para aquella cualidad difícilmente definible que los franceses llaman *elan* (impulso) y que en los casos apurados es de importancia decisiva: además, tiene una idea innata del valor de la vida humana más baja que la que tienen el blanco ó el amarillo. La gran mayoría de las tropas negras de Egipto componíase, antes de la invasión inglesa, de dinkas, cuya imponente figura, alta estatura y valor natural les habían conquistado uno de los lugares más importantes en el ejército egipcio. Inútiles por su carácter indómito y por su tenaz perseverancia en sus propias costumbres, no han podido ser todavía dominados. Sus comunidades, que unen á varios distritos formando de ellos una sola tribu imponente por sus fuerzas guerreras, han opuesto enérgica resistencia á los egipcios y á los nubios, siendo en la actualidad los dinkas un oasis de gente independiente en medio de un desierto de tribus sojuzgadas. Iguales condiciones de excelentes soldados han demostrado los madís en las provincias ecuatoriales.

El sistema que tienen los negros de hacer la guerra es naturalmente cruel, pues como no está refrenado por ninguna consideración humanitaria, no se para hasta conseguir el objeto que se propone, la «destrucción» del enemigo. A esto contribuye también el poco aprecio de la vida que caracteriza á los pueblos bárbaros é influye principalmente en muchas ideas y acciones de los negros. Según Livingstone, los

makololos eran casi tan salvajes como sus compatriotas, pero en cambio distinguían — como algunas otras tribus cafres no degradadas por la miseria ó por los vicios — en algunas circunstancias, entre lo justo y lo injusto y tenían, en punto á juicios y castigos, costumbres más sólidas y duraderas de lo que por regla general eran de suponer dado el grado de inferioridad en que se encuentran. Y sin embargo, este desenvolvimiento superior queda destruído por la indiferencia con que miran el derramamiento de sangre. «Son notablemente insensibles á la magnitud de este delito,» dice Livingstone. Su historia nos ofrece numerosos ejemplos de esta dureza de sentimientos que comparten con casi todos los africanos, sea cual fuere su raza. Este solo rasgo anula naturalmente toda la acción moralizadora que otras cualidades de su carácter podrían desarrollar y continuarán siendo salvajes, mientras no logren deshacerse de él. La mayoría de los pueblos negros de Africa hubiera obrado de la misma manera que obraron, en tiempo de Cotterill, los manjagas (del Nyassa) cuando después de un asalto infructuoso asesinaron á sangre fría y delante de los sitiados á ochenta prisioneros, todos ellos mujeres y niños. Queriendo proceder con justicia, no podemos pasar por alto el hecho histórico digno de ser citado en este lugar, á saber, que durante los más sangrientos períodos de las guerras con los cafres, muchas veces fueron por éstos respetados los niños y las mujeres de los blancos, siendo mayor el número de sus mujeres y de sus niños asesinados que el de los inmolados por ellos. Esto, sin embargo, no excluía las mayores deslealtades y crueldades contra los hombres blancos cometidas.

Por regla general, las armas de los negros no se distinguen por aquella perfección que se observa en las de los pueblos de las islas del Océano Pacífico, que son, sin embargo, menos guerreros que ellos. Esto depende, en parte, de que dan la preponderancia al objeto del arma. Raras veces encontramos entre ellos armas de adorno propiamente dichas ó de pura vista. Sus lanzas no dejan de ofrecer gran variedad de formas y de tamaños por lo que á sus hojas se refiere, y lo propio sucede con sus hachas de batalla; pero todas estas formas son siempre variantes de un mismo y limitado tipo, y además relativamente sencillas. Aun prescindiendo de esto, no ofrecen las tales armas un trabajo acabado, pues la pureza de las aristas y elafilamiento y pulimentación de las hojas dejan mucho que desear, lo cual no depende en manera alguna del atraso general en punto á lo que también puede denominarse industria artística. Los mangos así de las lanzas como de los machetes, cosas á las cuales sólo se concede una importancia secundaria, no sólo carecen, por regla general, de adornos, sí que también las más de las veces se dejan en un estado de rudeza completo. Si se examina una colección de lanzas polinesias, y se compara con otra de lanzas del Sud y del interior de Africa, se verá la gran diferencia que entre unas y otras existe: en las primeras, aun en las que pertenecen á los salvajes neo-caledonios, todo es pulimentación, brillantez y hasta adornos; en las segundas sólo encontramos palos desiguales apenas enderezados. Lo propio sucede con los arcos y los carcajs de los negros, que son muy inferiores á los de los africanos del exterior. El hecho de que en punto á armas siempre se atienda al objeto de las mismas, demuestra el sentido realista y tendente siempre á un objeto que caracteriza á los negros.

La lanza y la maza arrojada son las armas más generalizadas, viniendo después de ellas el hacha de combate y el cuchillo. Este parece haber sido importado de los territorios del Norte y del Este sometidos á la cultura árabe. Algunas veces, usan también pequeños dardos provistos de bolitas